

### Review / Reseña

Roberto L. Céspedes R. *Imaginarios, memoria y tiempo en Paraguay*. Asunción: FLACSO, 2016.

**Javier Uriarte**

Stony Brook University

Este libro de Roberto Céspedes representa una muy bienvenida contribución a los estudios culturales latinoamericanos. Se trata de un volumen que recoge y pone a dialogar varios trabajos anteriores del autor (algunos con modificaciones significativas), lo que contribuye a mostrar algunas inquietudes recurrentes en el trabajo intelectual de Céspedes. Es útil ver cómo este libro muestra una trayectoria consistente y cómo la reunión de estos trabajos se realiza de manera productiva y armónica, aunque en algunos puntos se notan repeticiones entre capítulos (esto no tiene importancia para quien lea algunos capítulos por separado, pero sí para quien -como este reseñador- lea el libro por entero). El libro estudia lo que podríamos denominar formas invisibles del nacionalismo, o, mejor dicho, las formas y los procesos mediante los cuales el discurso estatal (junto—o en contrapunto con—importantes voces no estatales, como veremos) impone o construye imaginarios, formas de leer la historia y de caracterizar la nación. Se trata, en suma, de un libro sobre discursos en pugna por imponerse en la sociedad, sobre los discursos del poder.

Desde el título mismo, el libro establece con claridad sus tres ejes centrales, que se aprecian en su estructura interna: las cuatro partes en que se divide el libro se titulan respectivamente “Imágenes-imaginarios de mujer”, “Imaginarios urbanos”, “Memoria” y “Tiempo”. La primera parte explora, por un lado, dos canciones importantes en la cultura popular paraguaya: “Serenata (1950),

de Epifanio Méndez Fleitas, y “Bandida” (2007), de Los Kchiporros (para el lector interesado, ambas canciones se pueden encontrar en youtube). Por otro lado, en la segunda sección de esta primera parte, se explora la presencia de mujeres en monedas y billetes paraguayos entre 1943 y 2014. La segunda parte se abre con un capítulo titulado “Nombres de pueblos indígenas en la ciudad-texto-imaginario nacional” en el cual, sin embargo, se proponen algunas ideas que atraviesan todo el libro; notoriamente, la idea de que los nombres de las calles construyen imaginario de forma subrepticia, de un modo cercano a la definición que Michael Billing da de “nacionalismo banal” (acerca de esta noción, ver también el libro reciente de Alicia Ríos *Nacionalismos banales*, sobre producción cultural venezolana en la contemporaneidad). Es decir, como un elemento “opaco pero cotidiano”, como algo que está “latente e inmerso y no deja de tener efectos en la conciencia colectiva” (93). Esto, es claro, no se aplica sólo a los nombres de las calles, sino a la forma en que las monedas, los billetes, las fiestas nacionales, los héroes circulan y se (re)leen en el espacio de la nación. En este capítulo sobre los nombres indígenas de las calles cabe destacar la idea (particularmente interesante en un libro de ciencias sociales como este) de que la ciudad se puede leer e interpretar como un texto: lo que ahí se lee son elementos que conforman la identidad paraguaya, procesos de inclusión y exclusión que van formando un imaginario. La idea de la ciudad-texto-imaginario es muy sugestiva y, creo (aunque acaso este reparo se deba a que este reseñador proviene del área de letras) que habría podido discutirse un poco más, ya que presenta potencialidades fascinantes. Una anotación más sobre este capítulo: el proceso de nombrar (una clásica operación ordenadora y dominadora, como se sabe) se vincula a lo que Céspedes llama un “proceso de paraguayización” (92), que tiene que ver cómo en el imaginario se van cruzando el nacionalismo y los nombres de los pueblos indígenas del país; es decir, como la lógica nacionalista va apropiando y absorbiendo diferentes elementos para integrarlos en un discurso abarcador y totalizante. También desde punto de vista de alguien interesado en los elementos literarios, vale la pena resaltar la riqueza sugestiva de los epígrafes que introducen las diferentes secciones del libro. Por ejemplo, la tercera parte, titulada “Memoria”, se abre con citas de *Macbeth* y *El Quijote*.

Conviene insistir en que se trata de un libro escrito por un sociólogo, y que incorpora elementos de las ciencias sociales duras: la gran mayoría de los capítulos incluye una introducción, metodología, objetivos (muchas veces claramente enumerados), conclusiones, así como algún tipo de cuadro o esquema que el texto comenta y que permite visualizar lo que se discute de manera clara.

También aparecen, al final del libro, varios anexos informativos de gran utilidad (por ejemplo, decretos presidenciales a partir de los cuales se establecen fiestas nacionales), así como bellas imágenes a color. Este es el caso del capítulo titulado “Calendarios para construir la memoria-identidad. El caso de “DECIDAMOS” (2003-2012)”, que discute calendarios de una organización no gubernamental que propone fechas de celebración diferentes de los establecidos por el Estado (lo que Céspedes llama un calendario “militante”), a partir de la publicación de hermosos calendarios, que han sido todo un descubrimiento para este reseñador. Hay que subrayar que los capítulos presentan una gran precisión en la descripción de las metodologías empleadas: si bien se hace uso de un lenguaje especializado, el mismo no es abrumador, y el libro resulta accesible para un público más amplio y, sobre todo, para un público no exclusivamente paraguayo. Es decir, no hay sobreentendidos y, en general, los aspectos contextuales se explican de tal manera que la lectura se hace amena. Además, es claro que muchos de los elementos que se discuten a lo largo del libro presentan posibilidades comparativas estimulantes. Podemos decir que los Estados latinoamericanos (y acaso no solo) han funcionado y se han buscado legitimar a partir de estrategias similares a las que este libro estudia para el caso paraguayo, aunque también resulta interesante detenerse en las diferencias. Sobre todo, teniendo en cuenta el discurso por el que Paraguay se ha construido a sí mismo como sustancialmente diferente de sus vecinos, un elemento que en algunos momentos este libro cuestiona.

En cuanto a este último punto es particularmente relevante el capítulo titulado “La geografía exterior de la nación paraguaya: el imaginario en la nomenclatura de Asunción (1942-2007)”. Es decir, aquí se estudia la presencia de elementos extranjeros—fundamentalmente nombres de países, ciudades o elementos culturales—en las calles de la capital de Paraguay. En este capítulo afirma Céspedes que “la construcción de un imaginario siempre comprende una identidad que se va afirmando en relación a otros sujetos y cuyo proceso de afirmación delimita fronteras e identidades” (115). Es decir, construirse es construirse como diferente de otro, es trazar una frontera, es delinear con la mayor exactitud posible la otredad. Como sugeríamos arriba, esto tiene particulares resonancias en el caso de Paraguay, donde, acaso desde el aislamiento impuesto por la dictadura de Francia en el siglo XIX (1814-1840) y con mayor fuerza a partir de la Guerra de la Triple Alianza (1864-1870), se ha creado una identidad que tiene como base un fuerte contraste con los países vecinos y una fuerte conciencia de la diferencia y del carácter único de la cultura nacional. En este sentido, es interesante ver cuáles son los países o ciudades que mantienen su

presencia en la nomenclatura de Asunción, o cuales no aparecen (por ejemplo, no hay calle con los nombres de Bolivia ni Buenos Aires). En general, en los últimos años la tendencia ha sido hacia la mundialización (la inclusión de países de Asia se ha hecho más pronunciada), y América del Sur ha decrecido en importancia comparativamente. Un hallazgo interesante del capítulo es que los lazos que parecen más fuertes son con Uruguay (6 de 18 calles con nombres de lugares sudamericanos), aunque el autor no arriesga una hipótesis al respecto. ¿Se deberá acaso esto al rol marginal que ese país tuvo en la Guerra de la Triple Alianza? ¿O quizá al rol que relevantes políticos uruguayos, como Luis Alberto de Herrera, tuvieron en la construcción del discurso revisionista sobre la Guerra de la Triple Alianza? Es de todos modos un rasgo que puede llamar la atención, junto con las ausencias señaladas más arriba.

Los dos capítulos que integran la tercera parte, “Memoria”, sin duda conforman un estimulante contrapunto. El primero de ellos se titula “Feriados estatales e imaginarios nacionales (1887-2011)”, mientras el segundo es el mencionado arriba, donde se estudian los calendarios de la ONG “Decidamos”. Podría incluirse también en esta sección el capítulo titulado “Economía y feriado nacionales (1990-2015)”, aunque el mismo no tiene que ver con qué se celebra sino con cómo se considera el feriado en relación con el tiempo libre (he aquí la razón de que se lo incluya en la cuarta parte del libro, dedicada al “Tiempo”). Establecer una fecha es además marcar comienzos, interpretar, valorar, y a la vez es elegir, seleccionar. La dinámica de inclusiones y exclusiones es un elemento clave (como decíamos con respecto a la nomenclatura de las calles) para entender lo que se celebra y conmemora. ¿Por qué se recuerdan unas fechas y otras no? ¿Qué es lo que se recuerda? ¿Qué criterios separan lo “recordable” de lo “olvidable”? En este capítulo Céspedes trabaja con una parte importante de la teoría sobre nación y nacionalismos, así como con trabajos de historiadores que han escrito sobre memoria paraguaya tanto fuera del país (como Luc Capdevila o Bridget Chesterton) como dentro (Ignacio Telesca, Hérib Caballero Campos, Carlos Gómez Florentín, entre otros). Cabe anotar, de pasada, que la bibliografía en el libro aparece separada por capítulo (no hay una bibliografía única al final), y resulta de gran utilidad para quien esté interesado en cuestiones que tengan que ver con la historia y la sociedad paraguayas (o su representación cultural o literaria). Es reveladora la definición de un feriado nacional como “la cristalización de la capacidad de imposición, o violencia simbólica, de un conjunto de fuerzas sociales y políticas para incluirlo, mantenerlo o excluirlo” (147). La noción de que establecer (o borrar) un feriado es el resultado de una fuerte lucha simbólica y

discursiva es sin duda estimulante, ya que contribuye a desconstruir el carácter de *fait accompli* del feriado, el cual, desde que se vuelve elemento esencial de la enseñanza escolar, es construido desde el Estado como permanente, como estable, como un elemento dado, sin origen ni final, que siempre estuvo allí; es decir, el feriado tiende a naturalizarse y a esconder su carácter de imposición o de resultado de una batalla discursiva. En este capítulo Céspedes nota la importancia tanto de los feriados religiosos como de los relacionados con las dos guerras que atravesaron la historia paraguaya: la ya mencionada Guerra de la Triple Alianza y la Guerra del Chaco (1932-35); en el caso de la primera, se celebra el 1º de marzo, día de la muerte del Mariscal Francisco Solano López, presidente de Paraguay durante el conflicto (la fecha señala de hecho el final de la guerra). Es revelador ver los cambios que sufre este feriado a lo largo de los años. Como era de esperar, el mismo no existe en los años de la posguerra (cuando el Mariscal era considerado el gran culpable de la guerra y de la debacle paraguaya que resultó de ella) y se impone cuando la figura del mariscal comienza a reivindicarse como la de un héroe resistente a la injerencia extranjera o un mártir. De hecho, este feriado, que comienza en 1931 como “Defensores de la patria”, pasa a llamarse en 1939 “Mártires de la Patria”, y acaba en 1990 llamándose “Héroes de la Patria”. Así, resulta fundamental leer no sólo los años en que se imponen los feriados, sino los *nombres* con los que se recuerda: allí se percibe la presencia de distintas corrientes historiográficas, de formas de leer la historia (y de cómo la historia se relaciona con el presente).

Unas últimas notas al capítulo referido a los calendarios de la organización “Decidamos. Campaña para la organización ciudadana”, también de enorme interés. El capítulo estudia las fechas señaladas por los calendarios de esta ONG durante una década, entre 2003 y 2012. El análisis de Céspedes se ocupa de mostrar cómo estos calendarios proponen lecturas nuevas de varias efemérides, o bien proponen nuevos hechos a recordar, mostrando una creciente globalización y enfoque en la agenda de derechos y en la equidad de género. Un buen ejemplo es la incorporación de los días 2 y 3 de febrero (de 1989), que marcan el final de la dictadura de Stroessner, como “fecha de la liberación” (212). Asimismo, el 22 de diciembre (de 1992), cuando se descubren los “Archivos del terror” de la dictadura y la vinculación de la misma con el infame Plan Cóndor, entró en el calendario de “Decidamos” como “Día de la dignidad nacional”. El otro elemento importante tiene que ver con cómo este calendario se ha dejado empapar por fechas de organizaciones internacionales, a las que la organización paraguaya agrega un énfasis en la igualdad de género. Estas son las fechas con más presencia

en este calendario. Por ejemplo, el 1° de mayo se llama aquí “Día internacional de los trabajadores y las trabajadoras”, el 9 de agosto “Día internacional de los pueblos indígenas”, o el 18 de diciembre “Día internacional del migrante”. Céspedes concluye, volviendo a la literatura, que estos elementos “reflejan que Paraguay no es más ‘una isla rodeada de tierra’, según expresión anudada a Augusto Roa Bastos” (224).

*Imaginarios, memoria y tiempo en Paraguay* es, entonces, un libro novedoso, útil y que genera muchas ideas. Constituye una puerta fascinante para descubrir dinámicas importantes de la vida cultural paraguaya, tan desconocida todavía fuera del país. Eso hace a este libro (y a su entrada en conversaciones sobre dinámicas paralelas en otros países del continente) tan necesario y bienvenido. Es importante seguir hablando de Paraguay, para así poder entender mejor los procesos culturales, sociales y políticas de la región en profundidad y con mayor rigor.